

Del tamaño de la contradicción

Emilia Pardo Umaña.
Crónicas de una mujer de
1,49. Antología periodística

LINA FLÓREZ Y PABLO PÉREZ
(compilación, textos introductorios y notas)

Fondo de Cultura Económica, Bogotá,
2018, 317 pp, il.

IMAGINÉ UN tornado, una ventisca de ideas, tradiciones y contradicciones que luchaba permanentemente por dejar en cada columna un pedazo de sí, una impronta padecida, dedicada y procax, para luego ofrecerle al lector una confesión y su visión de mundo no siempre parcial, no siempre límpida, serena o recatada —como lo dictaba la moral de muchas mujeres de su época—. La imaginé intrépida o punzante, imaginé una mujer pequeña, revoltosa e imponentemente apabullante como suele ser ese tipo de mujeres. Imaginé las miradas de oprobio, desconfianza y hostilidad que tantas veces he sentido cuando me encuentro en un ambiente lleno de hombres. Imaginé sus manos y piernas en constante movimiento, revoloteando en una sala de redacción, atenta siempre atenta y embalada. Imaginé otra cara del siglo XX colombiano. Todo esto gracias a la antología periodística de Emilia Pardo Umaña, recogida en *Crónicas de una mujer de 1,49*.

Como suele suceder en un país que constantemente bebe del Leteo, el nombre de esta gran escritora ha pasado sin ton ni son entre muchas facultades de comunicación y literatura del país (lo afirmo después de echar un vistazo por las tesis o cátedras de algunas universidades en las aparecía su nombre). Pero hace dos años Lina Flórez y Pablo Pérez publicaron con el Fondo de Cultura Económica esta necesaria compilación, que sin lugar a dudas contiene una generosa y muy bien estructurada curaduría. Si el objetivo era ofrecernos lo mejor de esta escritora, puede considerarse más que cumplido. De la autora nos quedamos con una trepidante visión de su tiempo; nos reímos o confundimos con cada una de sus opiniones, ocurrencias, obsesiones y fijaciones, que pasaban

desde los temas más anodinos hasta los más coyunturales. Alude a los primeros, de una manera muy vigente, como “asuntos que a nadie interesa —y que, por lo tanto, todos leen—” (p. 34).

Emilia nació en Bogotá en 1907 y murió en 1961. Su vida transcurrió entre los periódicos más leídos de la época (*El Tiempo*, *El Siglo*, *El Espectador* y *El Mercurio*) y los cafetines bohemios a los que las mujeres de bien (porque cada época tiene su gente de bien) miraban con reproche. Estuvo exiliada en Ecuador, acusada de crímenes contra la patria (de los que salió libre bajo su propia defensa), fue corresponsal de viajes en Europa para *El Tiempo*, y en París conoció a otra grande de la narrativa colombiana, Emma Reyes. Llegó a publicar una novela detectivesca que tuvo una gran acogida en su época y también creó un seudónimo, Doctora Ki-Ki, bajo el cual recibía y respondía cartas para los lectores que querían compartir sus problemas sentimentales: el humor ácido en sus respuestas es otro deleite que encontraremos no solo en esta sección sino en varias de sus opiniones. Recomendando, por ejemplo, la columna “¡Huy! ¡Política y toros!” (p. 139), para recibir esas buenas dosis de astucia que inundan sus textos.

Al leer varias de sus columnas quedamos con esa sensación condensada en su primera opinión de 1934, donde expresa que “seremos felices como siempre, haciendo buenos chistes, o riéndonos de ellos, indolente, plácida y bogotaname” (p. 29), afirmación que cierra el panorama pesimista augurado por ella con la llegada del inevitable año nuevo. Las fracturas sociales y políticas que tuvieron lugar en Colombia llevaron a Emilia a preguntarse por asuntos como el destino de los impuestos, los servicios públicos, el manejo económico, mientras denostaba a algunos gobernantes y colegas, como lo hace con Eduardo en la columna “¡Por salvar la caja!” (p. 137). ¡Qué dicha su uso constante de signos de admiración! Y bueno, es imposible no imaginarla en medio de esta barahúnda sin sus “vicios amados: el tinto, el cigarrillo, el trago y el periodismo” (p. 12).

El libro está dividido en ocho partes. La primera corresponde a un perfil de Emilia escrito por Rosario del

Castillo, más conocida como “Camándula”, donde encontramos anécdotas intrigantes, fragmentos demoledores y atronadores sobre la forma en la que “tía Emilia” concebía el mundo y se movía por él. La segunda parte corresponde a la introducción de los compiladores. Luego transitamos por cuatro capítulos que nos hablan de la evolución de su estilo y la transformación de sus posturas vitales frente a la moda, la política, el amor o el periodismo, su gran novio, su amante (al respecto recomiendo la bellísima columna titulada “Renovarse o aburrirse”, p. 122). Arrancamos con sus primeros escritos, en los que se consolida como editora de opinión en *El Espectador*. Después pasamos por su desaforado grito de fervor político —a mi parecer, etapa de palabra aguda y certera, mi favorita— en el capítulo “La goda liberal”; nos deleitamos con sus contradicciones y apreciaciones sobre la mujer, como lo vemos en “La orientación femenina” (p. 116), columna donde sostiene que las mujeres en Colombia no votan porque no quieren, o también en “¡Ya no soy conservadora!” (p. 87). Más adelante llegamos al momento en que se hizo cronista de viajes en Europa; asistimos atónitos a sus comentarios sobre la tauromaquia, la arquitectura, los gustos foráneos y las ciudades, a las que les otorga una personalidad: “Córdoba es seria, grave, silenciosa” (p. 171). Después de su periplo por el Viejo Continente, cerramos con el capítulo “Crítica, autobiográfica y mordaz”, que reúne sus escritos publicados desde 1951 hasta el año de su muerte.

Por último, encontramos un bello trabajo de archivo fotográfico o “Iconografía”, como lo nombran los compiladores, y como era de esperarse vemos unas cuantas fotografías en las que Emilia sale en las salas de redacción rodeada solo de hombres, ella en medio siempre regia y altiva con su tamaño de contradicción. A esta galería agregaría una fotografía publicada en la revista *El Malpensante*, donde aparece con uno de sus grandes amigos y contertulios, Laureano Gómez, quien dicho sea de paso fue su acompañante en el exilio ecuatoriano. Finaliza el libro una cronología que permite ubicar las mutaciones y movimientos de nuestra autora por los periódicos en los que colaboró y por los lugares que habitó.

Por cierto, si quieren leer más sobre Emilia o, incluso, si son más afines con la lectura de cómic y novela gráfica, recomiendo las memorias gráficas que la editorial colombiana Cohete Cómic publicó sobre ella, con dibujos de Pablo Pérez (“Altais”) y guion de Lina Flórez, los mismos compiladores de esta antología. Sin duda alguna, este libro nos da otra visión más expresiva y tangible de Emilia Pardo, “Joya”, como la llamaba su amigo Lucas Caballero Calderón.

Lina Alonso